

Cristianismo

Desde el siglo V el cristianismo se propagó por tierras y pueblos no romanizados (celtas irlandeses, godos, francos y otros germanos invasores) gracias a la acción misionera de monjes y a la obra política de los reyes.

Hacia el año 1000 había llegado por el lado latino a Escandinavia y al centro del continente hasta Polonia. Por el lado bizantino se asentó en Bulgaria, en lo que hoy es Ucrania («ukraina»: frontera) y en la Rusia de Kiev.

En esa época, el cristianismo había asimilado la filosofía y la ciencia de los griegos, los conceptos y principios romanos de la persona, la igualdad y universalidad del género humano y la organización política de la sociedad, el derecho y el poder.

Todos esos contenidos y doctrinas los recibe la Modernidad por la «intermediación cristiana».

Hasta el siglo XX, el de los totalitarismos nazi y comunista, todo -lo bueno y lo malo, las guerras y las paces- ha quedado entre cristianos: ortodoxos o heterodoxos, de una u otra confesión o iglesia, como ya venía ocurriendo desde la Edad Media:

- Dante y Bonifacio.
- Loyola y Lutero.
- Trento y Calvino.
- Descartes y Kant.
- Galileo y Newton.
- Maquiavelo y Erasmo.

Pero tratando de Cristianismo y Europa no todo es historia. También hay sociología. La mayoría de los ciudadanos de la actual Unión son cristianos. Asiduos o no a la práctica de sus respectivas religiones, los cristianos superan los dos tercios de la población de los «quinque». Con las diez nuevas incorporaciones su número y proporción aumentarán.

Cristianismo

El calendario, las fiestas, el descanso semanal y el domingo, así como la influencia ideológica y moral de las iglesias, son herencia de la cultura cristiana en Europa.

Las familias europeas suelen bautizar a sus hijos y buscan difundir sus hábitos y tradiciones. El anticristianismo de marxistas y de nazis, vencido por la historia, ha arriado sus banderas o ha limado sus uñas.

La libertad religiosa es un principio compartido por creyentes y no creyentes. Política y religión son entidades separadas. Esto nos recuerda el principio enunciado por Jesús de Nazaret cuando mandó «dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

No obstante, parece existir en algunos doctrinarismos oficiales de ciertos estados y políticos un nuevo laicismo militante. Este conduce al absurdo de negar la historia de los pueblos y la realidad social.

Por el contrario, recoger en el pórtico de la Constitución europea la herencia del cristianismo no es un confesionalismo anacrónico. Será el reconocimiento, a la altura del siglo XXI, del propio ser de Europa, de su cultura y la de las naciones que la integran.

Referencia:

Historia de la cultura. Recuperado el 27 de noviembre de 2014 a partir de:
http://issuu.com/uadecvirtual/docs/historia_de_la_cultura